

# EZRA POUND EN ATENAS

JAIME GARCÍA TERRÉS

Todos los periódicos de Atenas destacaron la noticia: Ezra Pound había llegado a la ciudad. Supongo que más del noventa y nueve por ciento de los atenienses ignoraba los escritos de Pound; ni siquiera sabían si se trataba de un poeta, de un político destronado o de un millonario en viaje de placer. Pero allí, como en cualquiera otra parte, los periodistas hábiles huelen las posibilidades que una presencia insólita tiene de atizar la curiosidad del público. Y obviamente sintieron que el arribo de este personaje de fama inquietante, cuyo nombre venía precedido de ruidosos comentarios en la prensa extranjera, podía convertirse en un encabezado de primera plana.

Así fue, por supuesto. Todos los diarios informaban sobre Pound en sitio principal; y casi todos adornaban sus notas con uno o varios retratos del viajero. Pero la información, consistente en uno o varios lugares comunes, cuando mucho, resultaba, para mis propósitos personales, insuficiente.

¿Quién o quiénes lo acompañaban? ¿En dónde se hallaba alojado? ¿Cuántos días se quedaría en Grecia? ¿Cuál era su programa de viaje? Estas eran las preguntas que yo necesitaba resolver, si quería encontrarlo y hablarle.

Y por supuesto que deseaba yo verlo y conversar con él. Pese a una ya larga amistad a través de cartas y recados, no había logrado conocerlo personalmente. Además, interrumpida la correspondencia años atrás, por motivos aún oscuros para mí, no escasos cabos quedaban sueltos.

Fui, en México, de los tempranos lectores de Ezra Pound. Lo seguí primero en revistas y antologías, y andando el tiempo alguien me obsequió la antología epistolar (*The Letters of Ezra Pound*) compilada por el D.D. Paige; esos contactos superficiales me llevaron con interés creciente a sus demás libros, incluidos los poemas largos y los cortos, y me movieron a recomendar una contestación afirmativa cuando, en 1954 o 1955, se propuso a la Universidad Nacional de México, en donde era yo funcionario, la publicación en español de los *Pisan Cantos*, que luego el mismo Pound había de bautizar invocando por modelo las

*Coplas* del españolísimo Jorge Manrique, como *Cantares de Pisa*. Esta fue la coyuntura que dio lugar a la correspondencia. Pero una vez publicados los "Cantares", Ezra continuó escribiéndome desde Saint Elizabeths sobre otros temas (mi traducción de algunos poemas suyos, por ejemplo), y aun me envió un par de fotografías dedicadas de su puño y letra.

De pronto, sin embargo, las relaciones se interrumpieron. No hubo poder humano que lo hiciera responder a mis cartas. Tras su salida de Saint Elizabeths, todavía alcancé a recibir líneas suyas de Italia, en las cuales me daba parte de su nuevo domicilio; pero cuando hubo oportunidad de que la Universidad de México prosiguiera su labor de difusión poundiana con algunas versiones realizadas por Ernesto Cardenal y José Coronel Urtecho, me fue imposible obtener el necesario permiso del autor.

James Laughlin, con quien, en 1963, hablé de este asunto en Puerto Rico, me aclaró que Pound había sido desposeído, al regresar de Saint Elizabeths, del ejercicio de todos sus derechos patrimoniales, los cuales estaban siendo manejados por su esposa, según decisión del tribunal que lo había liberado [?]. Era comprensible, comentó Laughlin, que Pound se rehusara a considerar cuestiones legales que, técnicamente, escapaban ya a su control. Laughlin ofreció, en forma muy cordial, ayudarme a obtener el permiso de marras. Pero las cosas evolucionaron de manera tal, que la gestión perdió su razón de ser: Cardenal se aburría de esperar una autorización problemática, y acabó editando por su cuenta las versiones; y yo fui designado, poco después, embajador en Atenas, con negocios de muy distinto género en la mira.

¿Qué clase de personaje era Pound ahora? ¿Me reconocería siquiera? ¿había yo leído en alguna parte sobre sus prolongados silencios, su exasperante indiferencia frente al mundo que lo rodeaba, sus depresiones. ¿Accedería a conversar conmigo?

¿Había que comenzar por localizarlo. Pedí a una de mis secretarías que indagase en los servicios culturales de la embajada de los Estados Unidos. ¡Ingenuo de mí! La secretaria regresó, al poco tiempo, con el mensaje obtenido, el cual semejava un silogismo de

la más pura ortodoxia burocrática. Era algo así como esto: *Si el señor Pound hubiera venido a Grecia, es normal pensar que nosotros, encargados aquí del servicio cultural de los Estados Unidos de América, lo sabríamos. Es así que no lo sabemos, ergo es normal pensar que el señor Pound no está ni estará en Grecia.*

La misma secretaria, más experimentada que yo en semejantes crisis, sugirió investigar en el ministerio helénico de Turismo. Menos silogísticos, los griegos me suministraron los datos indispensables, si bien me advirtieron que *o kyrios Pound* rehusaba toda clase de entrevistas, visitas y demás comunicaciones. Claro, agregaron en misterioso murmullo, que si era un embajador quien lo buscaba...

No fue mi investidura sino la excelente memoria de Pound la que lo hizo venir al teléfono en persona. Sí, se acordaba de mí. ¿Podría yo acudir a su hotel, digamos, en una hora?

Llegué puntual a la cita. El hotel era céntrico y modesto. En el patio, formados en semicírculo, aguardaban respetuosos —al menos supuse que la causa de su inmovilidad era una suerte de respeto— una veintena de fotógrafos y reporteros. Di mi nombre al encargado del mostrador, y a los cinco minutos hizo su aparición en la escalera, al otro lado del patio, Ezra Pound, *il miglior fabro*, caminando solo y vacilante. Me acerqué, le estreché la débil mano y le pregunté si prefería sentarse o dar unos pasos. Se inclinó por lo segundo, pero no tardó en fatigarse, y nos sentamos en unos burdos sillones que había en el patio. No sé qué cosa era mayor, si mi emoción o mi desconcierto; el hecho es que su frágil pasividad me inhibía. Temía yo molestarlo, ser indiscreto. No obstante, hubiera sido una tontería desperdiciar esta oportunidad de acercamiento. Y él no parecía molesto; muy al contrario. Me hizo saber que se acordaba de mí, de nuestras cartas, de algunos amigos comunes.

Pero no supo decirme nada acerca de condiciones o planes de su viaje a Grecia. Hubiera yo querido invitarlo a mi casa durante un día entero, para charlar despacio o callar juntos; que compartiéramos pan y vino en un sereno jardín, en lugar de cruzar exiguas palabras empujándolas cuesta arriba con aquel cerco periodístico ante los ojos. Tenía yo, sin embargo, apenas un mes de estancia en la antigua tierra de los dioses, y habitaba todavía en una casa estrecha y transitoria, inadecuada para recibir ese linaje de visitantes. Debería conformarme, pues, a mi pesar, con unos instantes de tensa conversación, y aun agradecer que se me hubiera presentado la feliz ocasión de realizarla.

Así las cosas, me aventuré a suscitar los más insospechados tópicos. Y me di cuenta de que mi interlocutor rehúsa las cuestiones personales, aunque contestaba de buen grado las interrogaciones en torno a terceras personas, o concernientes al universo exter-

no y objetivo. Hablamos de Yeats, de T.S. Eliot y los beatniks. Del enorme retrato suyo (de E.P.) que Sheri Martinelli había pintado al óleo en Saint Elizabeths, y que Robert Lowell me había enseñado orgulloso en Nueva York al tiempo que exclamaba: "A great friend!" Acerca de Eleusis y de las últimas teorías a propósito del consumo de alucinógenos durante los misterios. ("Huxley escribió sobre eso", observó Pound.) Lo insté a disfrutar del paisaje en Delfos. Y le pregunté si recordaba que Giorgos Seferis, el flamante Premio Nobel neo helénico, había traducido al griego, comentándolo, el Canto I. (Sí lo recordaba, aunque no conocía a Seferis.)

Tras cuarenta o cuarenta y cinco minutos de semejante charla desordenada, Pound enmudeció y se quedó contemplando tranquilo el infinito. Sin sombra de angustia en el rostro; más bien plácido. Lo dejé descansar un rato largo, y en seguida le pregunté, con la mayor delicadeza posible, si sabría llegar solo a su cuarto. Comprendí, por sus desalentados gestos, que no podría hacerlo. Me dirigí entonces al recepcionista del hotel en busca de instrucciones, y ya con ellas tomé del brazo a Ezra, nos metimos juntos en el ascensor y lo acompañé hasta la puerta de su cuarto, en donde musité una despedida:

—Espero que haya encontrado la paz (*I do hope you have found peace*).

Con muestras de una gran excitación súbita, Ezra Pound alzó desesperado los brazos, y me miró fija y expresivamente, diciendo:

—But what's the use... if everybody else wants to fight.

No alcanzo a describir la entonación trágica que, distinguiéndose por eso entre las demás que me había dicho, cobraron aquellas palabras, cada una de cuyas sílabas no ha cesado de repercutir en mi cerebro hasta hoy. Con ellas formé la sustancia de un breve poema titulado "Ezra Pound en Atenas", que ha circulado no sin fortuna por ahí. Pero además, años después, cuando leí los *Drafts and Fragments* or CANTOS CVX–CXVII, tuve oportunidad de comprobar que también en los versos ulteriores del mismo Pound habían hallado un eco doloroso. Véanse si no estos dos versos del Canto XCV.

When one's friends hate each other  
how can there be peace in the world?

Lo último que recuerdo de aquel encuentro con Pound es el brazo femenino aparecido de repente en el pequeñísimo hueco de la puerta que, sin advertirlo yo, se había entreabierto apenas. Esa mano que, aferrándose al hombro del poeta, lo hizo regresar a su habitación sin un gesto ni un ruido más. Imposible saber entonces a quién pertenecían brazo y mano.

Tardé una semana en averiguarlo, pero ya no volví a ver a Pound.

Al cabo de una semana, en efecto, Giorgos Seféris me invitó a comer en su casa. Y al preguntarle si se le había ocurrido entrevistarse con Pound, me respondió lleno de entusiasmo:

—No sólo se me ocurrió. Pound y Olga Rudge pasaron acá un día entero. Por cierto que él no abrió la boca, sino para decir algo, que yo no entendí, sobre "the power of evil". Pero la señora Rudge es una buena conversadora. Nos dijo que éste fue un viaje que ambos se tenían prometido para celebrar el octogésimo aniversario de Pound; que antes habían ido a Spoleto, a un festival de poesía, y a los funerales londinenses de T.S. Eliot, y a visitar en Dublin a la viuda de Yeats... Mire usted.

Y me mostró un álbum con las numerosas fotografías de Pound y su compañera, que Maro Seféris había tomado y reunido ese día como un tributo de afecto a tan notable huésped.

Me alegró que Giorgos y Maro se hubieran preocupado por el viejo Ezra, esmerándose en atenderlo. Estaba visto que la estancia de Pound en Grecia había ocasionado *an embarrassment* a la Embajada de los E.U.A. Menos mal que el poeta vivo más impor-

tante de la Grecia moderna lo había recibido en su casa con toda la sencilla dignidad que se merecía, impartiendo un respiro de calor y generosidad al acontecimiento. ¿Acaso no era Ezra Pound, más allá de sus errores políticos del pasado, uno de los máximos personajes literarios de la época, y uno de los pocos renovadores auténticos de la creación poética? ¿No era, primero que nada, un ser humano de rara sensibilidad, que asumía silencioso, expiándola así, la carga moral de cualesquiera delitos ideológicos, cuando tantos otros —verdaderos culpables de facto, y no ya sólo de opinión— paseaban impunes su redentora hipocresía por los cuatro puntos cardinales?

Muchísimas cosas han sucedido desde entonces. Un incesante diluvio de libros y artículos ha llovido sobre el recuerdo de Ezra Pound. No llevo la cuenta de los que he leído, aunque sí de los que me han interesado. En ninguno he advertido el mínimo testimonio de aquel paso relampagueante del poeta de *Mauberty* por tierras griegas. Sirva el mío siquiera, con inevitables ribetes de homenaje tardío, para redimir en parte semejante laguna. <

[VUELTA NÚM. 120, 1986]

## SOL EN UN CUARTO VACÍO

ANTONIO DELTORO

Para Ani

Como si un ave que planeara  
se hubiera detenido silenciándolo todo,  
la luz se posa sin que nada la enturbie,  
acaricia la duela  
y da su callada confianza  
a estas cuatro paredes.  
Un silencio de ala,  
afirmativo y poderoso,  
no el silencio humano de la duda,  
sino el silencio despoblado  
de los cielos se tiende:  
nadie ha vivido en esta habitación  
o quienes vivieron en ella  
sabían desaparecer;  
se fueron no dejando detrás  
sino el orden delgado  
que pintó estas paredes.

[VUELTA NÚM. 212, 1994]